



PADRES E HIJOS

WASHINGTON.—Ya no resulta tan habitual como antaño el ver a padres e hijos comiendo juntos en un restaurante. La explicación del hecho podría consistir, en parte al menos, en que no deben abundar los establecimientos dispuestos a aceptar la indumentaria con que los hijos se presentan.

La otra noche, mi amigo McGrory invitó a su hijo Marshall a comer en un restaurante de primera. Se trataba de celebrar el aprobado del muchacho en la escuela secundaria.

—¡Magnífico! —exclamó el chico—. ¡Vámonos, papá!
—Creo que es mejor que te pongas camisa —sugirió McGrory.
—Llevo suéter, ¿qué hay de malo en eso?
—Creo que deberías ponerte camisa y corbata —insistió el progenitor.
—Pero, ¿vamos acaso a una boda?

—No, pero los buenos restaurantes desean que sus clientes lleven corbata.

—¿Para qué?

McGrory se iba enojando.

—¡Para meterla en la sopa! ¡Venga, te pones camisa y corbata, y ni una palabra más!

Asomó la señora de McGrory, atraída por las voces:

—¿A qué vienen estos gritos? —preguntó.

—Acabo de invitar a Marshall a comer conmigo en un restaurante, pero resulta que no quiere ponerse corbata...

Le cortó el hijo:

—Si hay que ponerse corbata, yo no voy.

—Póntela, hijo, y también chaqueta —intercedía la madre—, tu papá se sentirá orgulloso de ti.

—¿Pero qué tiene que ver la corbata, la camisa o la chaqueta para que esté orgulloso de mí?

En este momento, McGrory salió:

—¡No es que quiera sentirme orgulloso de ti! ¿Entiendes? ¡Lo que no quiero es avergonzarme de ti!

Marshall se encaminó hacia su habitación. A los pocos minutos reapareció con una camisa arrugada; y la corbata, peor. Traía el rostro encarnado por la cólera.

Ya iban a salir, cuando McGrory le miró:

—Pero, ¿no tienes zapatos?

—Sí, pero... ¿por qué me los tengo que poner?

—Es una regla de higiene.

—Nadie va a mirar mis pies: los tendré bajo la mesa.

—¿Cómo que no! La gente se fijará, como siempre, cuando entremos, y se sorprenderá de verte descalzo.

—En verano nadie usa zapatos.

Intervino de nuevo la señora de McGrory:

—Marshall, ve a tu cuarto y ponte tus playeras. ¿No ves lo poco que te pide papá?

Mientras iba hacia su cuarto, murmuraba: «Pero si yo no quería ir a ningún restaurante...». Se puso los zapatos, montaron en el coche, e iban en silencio. Lo rompió su padre para decir:

—¿Te quitarás esa cinta roja de la cabeza al entrar en el restaurante?

—Pero, ¿a qué sitio me llevas, donde uno no puede siquiera llevar una cinta en el pelo?

—Es un restaurante de los buenos. Tendrás una comida excelente. Y no esas chucherías que masticas, a cambio de la paga de los domingos, por ahí...

—O sea, ¿que no puedo tomar pipas, chicle, refrescos y patatas fritas? ¿Y tú llamas a eso «un buen restaurante»?

—Marshall... —dijo lentamente McGrory—, ¿ves ese quiosco? Toma dos dólares. Y come lo que quieras... por tu aprobado.

—¿No vienes tú? —preguntó el hijo.

McGrory meneó la cabeza, negando:

—No, hijo mío; te avergonzarías de mí.

(Copyright 1970, The Washington Post Co. — Distribuida por Editors Press Service Inc. Agencia Zardoya.)

BANDERAS POR TONELADAS

Los americanos parecen haber vuelto, con pasión, al culto de la bandera. Se prevé para este verano una auténtica invasión de banderas estrelladas de todos los tamaños y materiales, en las ciudades y en las playas. Habrá banderas por todas partes: en los coches, en los bañadores y —tatuadas— en la piel de las personas.

Los padres comprarán para sus bebés pañales con banderas, franjeadas de azul si son niños y de rosa, si son niñas.

«Hemos decuplicado las ventas en los ocho últimos meses —dice un fabricante—. No podemos satisfacer a todos nuestros clientes. Ciertos fabricantes de Nueva Inglaterra hacen sus entregas con cinco o seis semanas de retraso, y, en el próximo «Flag Day» («Día de la bandera»), un equipo de cincuenta y cinco hombres desplegará la mayor bandera del mundo: una bandera que medirá ochenta metros y pesará setecientos cincuenta kilos.

Nadie bromea con la bandera: durante una reciente manifestación, ciertos superchauvinistas que se oponían a los «liberales» portando una bandera norteamericana y profiriendo gritos como: «América, love it or leave it» («Amarla o abandonarla»), se encontraron con la siguiente respuesta: «Esa bandera es también nuestra bandera». Los militantes de cierto movimiento contra la contaminación atmosférica adoptaron una bandera diseñada sobre el modelo de la americana, sólo que en verde y blanco. Inmediatamente fueron arrestados.

Una excepción: los «hippies», cuyo dirigente, arrestado en 1968 por llevar una camisa cortada de una bandera estrellada, se sonó la nariz, el mes pasado, en otra bandera de reducido tamaño.

Y la señora Mary Lou Kelwetter, presidenta del Consejo Nacional para el Fomento del Patriotismo, habla muy en serio cuando afirma: «Al colocar mi mano derecha sobre el corazón, mientras pasa la bandera americana, me siento muy cerca de Dios». ■ NICOLE MUCHNIK.

MASCARA DE GAS PARA TODOS

Tómese ocho o diez huevos, una taza de agua y una cucharada sopera de bicarbonato de sosa. Mézclase todo y extiéndase dicha mezcla por la cara y alrededor de los ojos: se trata de un antídoto probado contra las quemaduras provocadas por los gases lacrimógenos.

Descubierta por un estudiante de química de la Universidad de Cali-

fornia, esta receta ha sufrido más de una prueba en el campus de Berkeley durante las manifestaciones de esta primavera. Esta máscara anti-gas de artesanía se completa con un pañuelo empapado en vinagre que se ata a la parte inferior del rostro ■ N. M.

DOLARES PARA LOS MILITANTES

En los Estados Unidos, hasta la revolución «es un negocio». Escribiendo artículos furibundos contra la sociedad americana, tres escritores de ese país han hecho pingües fortunas, sin que por ello hayan cambiado de vida.

Abbie Hoffman, autor de «Revolution for the hell of it» (traducción aproximada, «Revolución, sólo para fastidiarlos»), ha ganado ya más de 50.000 dólares y la Metro Golwyn Mayer acaba de comprar los derechos de su libro por 25.000 dólares.

«Do it» («Hacedlo»), de Jerrie Rubin, llegará probablemente al millón de ejemplares, lo cual representará para su autor un buen puñado de dólares.

«Un negro en Londres», del Pantera Negra Eldridge Cleaver, ha alcanzado una tirada de 1.200.000 ejemplares, pero los bienes de Cleaver han sido confiscados por el Gobierno norteamericano. De todos modos, con sus derechos no hubiese comprado un Ferrari: su dinero, como el de los otros, ha ido a engrosar los fondos del movimiento y ha servido, entre otras cosas, para pagar las enormes fianzas exigidas a los militantes detenidos.

Pero no sólo han sido dólares lo que ha llovido sobre todos estos americanos, solamente Jerrie Rubin y Abbie Hoffman totalizan cerca de treinta detenciones. Eldridge Cleaver, por su parte, lleva ya tiempo exiliado en Argelia. ■ N. M.

PRENSA BRITANICA: DIFICULTADES

De un tiempo a esta parte, la prensa británica pasa por grandes dificultades. En 1969, la cifra global de los negocios de prensa en Inglaterra ascendió a 244 millones de libras esterlinas (41.480 millones de pesetas) de las que 87 millones (de libras) fueron absorbidas por los salarios. Los beneficios registrados, después de pagar impuestos, no llegaron a pasar de los 3,2 millones de libras. El aumento exigido por los tipógrafos supondría, según los propietarios de los periódicos, 32 millones de libras.

En lo referente a los diarios llamados «de calidad», sus beneficios son nulos o despreciables, y cuatro de entre ellos, el «Times», el «Guardian», el «Telegraph» y el «Observer», llegan a las pérdidas.